

adn*

CULTURA | LA NACION


ESTE EJEMPLAR ACOMPAÑA LA EDICIÓN DEL DIARIO LA NACION DEL
VIERNES 8 DE JULIO DE 2011
PROHIBIDA SU VENTA POR SEPARADO

Arte

Dossier Venecia: la Bienal, la presencia argentina y el parque temático
Página 10

Magia

La psicoanalista Silvia Fendrik vincula las teorías de Freud con el ilusionismo
Página 20



Eva y Victoria, ¿un diálogo imposible?

Las anotaciones de la escritora en el libro sobre la esposa de Perón que Juan José Sebrelli le regaló en 1966

Victoria & Evita

Venganza, poder y Dior

“Mi sentimiento de indignación por la injusticia social [...] es la causa última que explica cómo una mujer que apareció alguna vez a la mirada de alguno como ‘superficial, vulgar e indiferente’ pueda decidirse a realizar una vida de ‘incomprensible sacrificio’. La que se indigna por la injusticia social es, naturalmente, Evita; la cita pertenece a *La razón de mi vida* y aparece en *Eva Perón*,

¿aventurera o militante?, un libro de Juan José Sebreli, de 1966.

“¿Por qué incomprensible y por qué sacrificio? Busca venganza, poder y Dior”, es la respuesta no menos indignada de Victoria Ocampo, manuscrita con su habitual lápiz rojo, en letra grande y desordenada, en los márgenes del ejemplar de ese libro que se conserva en su biblioteca, en Villa Ocampo.

Victoria Ocampo y Eva Perón no se conocieron. Victoria nunca habló de Evita en su obra (la menciona una sola vez y la llama, significativamente, Eva Duarte). Por eso el interés de este ejemplar lleno de notas manuscritas de Victoria, que tenía entonces 76 años y entablaba así una suerte de diálogo a distancia con Evita, que había muerto, y también con Sebreli. Con el joven Sebreli de 1966, no el de hoy, que ya no comparte sus opiniones de esa época. Por ejemplo, Sebreli dice en su libro que Victoria:

fue una rebelde, pero no contra una clase opresora, sino apenas contra su familia, no contra un sistema económico, sino apenas contra alguna de sus caducas expresiones morales y culturales, no contra los privile-

gios y las injusticias que impone una clase dominante sobre otra, sino apenas contra los que imponen la sociedad masculina sobre la mujer.

Victoria subraya el párrafo y lo anota con signos de interrogación y de exclamación que lo dicen todo. Un poco más adelante, donde Sebreli cita nuevamente a Evita (“Yo no tengo ningún sueldo”), Victoria anota: “Fuera del dinero que sacaba de cualquier bolsillo”.

El libro cae inevitablemente en los clichés de la época: Victoria es elitista, extranjerizante, está desconectada de los problemas sociales de su país. Sebreli dice que sus “desorbitadas donaciones” no iban dirigidas “a los pobres de su país sino a los intelectuales de Europa”. Victoria le responde con una furiosa anotación al pie de la página: “He dado incomparablemente más aquí que en Francia”. Y cuando el autor se pregunta si “una obrera, una vendedora de tienda, una sirvienta, una costurera, una dactilógrafa” podían identificarse con Victoria, ésta anota: “Cuando E. P. se vestía en Dior, ¿podían identificarse con ella la obrera, etc...?”. Y agrega poco después: “Su ro- ▶

Zarinas de la cultura y de la política, Ocampo y la esposa de Perón no se frecuentaron. Sin embargo, un ejemplar del libro que Juan José Sebreli publicó sobre Eva en 1966, anotado con vehemencia por la creadora de *Sur*, las pone en relación

POR NICOLÁS HELFT

PARA LA NACIÓN

FOTOS DE GISELE FREUND

Eva es comparada por Sebrelli con
la cantante Regina Pacini,
que también fue primera dama



◀ pa pagada por Doderó, la historia de sus pieles, etc”.

En otra página Sebrelli se arriesga a comparar a Evita con dos ídolos de Victoria: “Un libro mediocre como *La razón de mi vida* pudo muy bien haber sido *Los siete pilares de la sabiduría* o *La condición humana* si Eva Perón hubiera sabido escribir...”. La respuesta de ella es tajante: “Son personajes de otro planeta!!!”. Y cuando él compara a Evita con Regina Pacini, gran cantante lírica y también primera dama (fue esposa del presidente Alvear), la anotación en el libro es: “Comparación imposible”.

Y sobre la proyectada reforma del Código Civil de 1935, durante el gobierno de Justo, que suprimía derechos de la mujer, Victoria comenta: “El éxito de Evita y el pecado del grupo de mujeres que trató de modificar totalmente el Código Civil da la pauta de la mentalidad del hombre argentino. Cedió a quien lo trató a patadas.”

Sexualmente libres

Pese a los excesos del joven autor, el libro explica magníficamente el gran parecido de Victoria Ocampo con Evita, o al menos con una de ellas. Hay dos Evitas, dice Sebrelli. La primera, joven, pobre, es la amante y la actriz, está contra la sociedad burguesa; la segunda, la que se casa con Perón, la de los peinados y los vestidos, es actriz de esa sociedad. Victoria y esa primera Evita se parecen mucho. Ambas son sexualmente libres: ese amor libre pone en peligro a la sociedad, la familia, la moral judeo-cristiana. La revolución

sexual complementa la revolución social. Evita y Victoria son mujeres “malas”, son “activas”; no esperan: buscan.

Otro parecido: ambas quieren ser actrices. Victoria será recitante del *Perséphone* de Igor Stravinski; Evita, dice Sebrelli, “que no logrará ser sino una discreta actriz, alcanzará momentos sublimes cuando hable a las masas trabajadoras”, una frase que Victoria subraya y comenta en el margen con un lacónico signo de interrogación. Ambas también usaban los famosos sombreros de Caroline Reboux quien, desde su refinada boutique de la rue de la Paix en París, hizo del sombrero un accesorio indispensable para las mujeres.

Paradójicamente, dice Sebrelli, la segunda Evita se vuelve imagen burguesa para seducir a los obreros. En sus diamantes está la venganza de los pobres contra los ricos. “En su papel de señora del presidente, de primera dama, Eva Perón no hace sino adaptarse a la comedia social burguesa: ocupa un lugar prefijado en la sociedad”. Victoria sigue libre –continúa Sebrelli– mientras que Evita se casa y se somete.

Ahí Victoria parece coincidir con el autor: su indignación es siempre con esa segunda Evita; pero parece que aprueba las coincidencias con la primera. Sebrelli tenía razón: Victoria Ocampo y esa Evita podrían haber sido amigas.

Una mujer argentina

El libro tiene esta curiosa dedicatoria: “Para Victoria Ocampo, este homenaje a una mujer argentina. Juan José Sebrelli, 1966”. La Victoria extranjerizante del li-

bro no puede ser esta “mujer argentina”. La dedicatoria es otra provocación de Sebrelli: un homenaje a la rival de Victoria. Pero el tiempo se encargó de corregir la dedicatoria de 1966: ésta se torna curiosamente fiel al pensamiento del Sebrelli de 1997, que dice:

las acusaciones de “extranjerismo”, “eurocentrismo”, “cipayismo” [...], lanzadas por las formas nacionalistas, populistas y tercermundistas en boga, fueron expresiones

provincianas y reaccionarias [...]. En ese sentido no podemos sino coincidir con ella [Victoria] cuando reivindicaba “nuestra universalidad irrenunciable que es uno de los rasgos de los mejores argentinos”.

Es la expresión de toda una generación que se había equivocado sobre Victoria Ocampo. Victoria es tan argentina como Evita, y podríamos arriesgarnos a decir que, a su manera, acaso tan revolucionaria como ella. ★



Eva era tan argentina como Victoria, y Victoria, tan revolucionaria como Eva.

Una casa, una biblioteca

El ejemplar anotado por Victoria forma parte de los once mil volúmenes de su biblioteca en Villa Ocampo. Quedaron ahí, olvidados, desde su muerte en 1979. Hoy los libros están restaurados y digitalizados, con las dedicatorias de Asturias y Camus (que le dice a Victoria que *L'étranger* no explica nada), Breton y Borges,

Gabriela Mistral y Lacan, (“A Victoria, mujer de este siglo, única”), Aldous Huxley y Saint-John Perse, Sarmiento y Cocteau, Malraux y Manucho Mujica Láinez y aun de Neruda, que le confiesa a la directora de Sur que la quiere y le pregunta si ella lo quiere a él.

La biblioteca de Villa Ocampo integra esa mansión histórica que habitó Victoria. Hasta hace poco estaba abandonada, con goteras en el comedor, plantas trepadoras que entraban por las ventanas, el jardín francés, de diseño *belle*

époque, transformado en un bosque e insectos que se comían los libros. La Unesco, que recibió la casa en donación de Victoria, inició un proyecto nuevo en 2003: hoy el sitio está recuperado y atrae a unos treinta mil visitantes por año, entre turistas y escolares, jubilados y embajadores, y el visitante más habitual: la familia de clase media, que viene el fin de semana a pasear, a tomar el té y a entender cómo era la Argentina opulenta de antes y cómo puede ser que esa chica de mal carácter, criada para ser una buena esposa por institutrices severas, prefirió dedicar su vida y su fortuna a cambiar el país, pero no por medio de la política tradicional, como lo habían hecho sus antepasados ricos y poderosos, sino de una forma más sutil pero más efectiva:

transformando la música, la arquitectura, la moda, la literatura, las convenciones sociales, las ideas y las costumbres de la gente.

Los bisabuelos Ocampo retratados por Prilidiano Pueyrredon recuerdan el academicismo del siglo XIX y el poder de las grandes familias terratenientes. Las lámparas Bauhaus o las fundas blancas de algodón forman parte de la cruzada modernista de Victoria: son una reacción contra la rigidez decimonónica, acaso contra el mundo al que su padre quería someterla. En el comedor las sillas son de paja, porque así lo eran en lo de Coco Chanel, en París, el día que las dos amigas almorzaron en la cocina, y Victoria entendió que Chanel necesitaba de lo rústico, de lo simple y de lo económico para diferenciarse

de los nuevos ricos que lo tienen todo. Lo mismo una Ocampo, habrá pensado. Por eso en su casa también hay botellones de vidrio convertidos en lámparas o una silla de mimbre junto a las Luis XVI. Es la forma que tenía Victoria de decir qué me importa, una de las marcas registradas de su estilo.

Así, el valor de Villa Ocampo no sólo está en su arquitectura, su jardín y sus colecciones: lo distinto, lo especial es que fue testigo de lo mejor de nuestra historia cultural, de las ideas y los conflictos que vivió el país desde mediados del siglo XIX hasta la década de 1960. Podríamos decir, desde la época de Sarmiento, amigo de la familia, hasta la de los Beatles, cuyos discos sonaban en el viejo tocadiscos de Victoria. ★ N.H.

El autor de *Eva Perón ¿aventurera o militante?* toma distancia de la interpretación que hizo de Evita en ese libro y la compara con Victoria desde una nueva perspectiva

POR JUAN JOSÉ SEBRELI

Para LA NACION

Escrito en los márgenes

hecho es humillado por una cultura de élite a la que no tiene ningún acceso, rechazado por la sociedad burguesa que le niega toda integración. A su desarraigo, a su exilio geográfico, se suma el desarraigo social más dramático aún. Bastardo además, en segunda potencia, por pertenecer a una nación semicolonial, a medias libre y a medias sometida. Eva Duarte estaba destinada a reconocerse en esos hombres y encontrar en ellos sus semejantes, sus hermanos, y a su vez la clase obrera encontraría en ella un espejo donde mirarse.

"Pero, aunque no pueda explicarse a sí mismo, lo cierto es que mi sentimiento de indignación por la injusticia social es la fuerza que me ha llevado de la mano, desde mis primeros recuerdos, hasta aquí... y que ésta es la causa última que explica cómo una mujer que apareció alguna vez a la mirada de alguno como superficial, vulgar e indiferente, pueda decidirse a realizar una vida de incomprensible sacrificio".²⁴

²⁴ Ob. cit., pág. 33.

39

Las páginas del libro que Sebrelli le regaló a Victoria, anotadas por ella con lápiz rojo

las joyas confeccionadas por Van Cleef y Arpels. La función del adorno tiende a convertirla en un objeto destinado tan sólo a exhibirse, no a actuar. Las cualidades que se alabarán en ella, serán principalmente la belleza, la elegancia, la ternura, las virtudes tradicionales del "bello sexo", todas ellas de carácter privado, reduciéndola a su corporeidad, encerrándola en el círculo mágico de su immanencia, negándole toda trascendencia hacia afuera. No es por azar que generalmente las mujeres militantes son feas: Rosa Luxemburgo o Simone Weill, su fealdad les impide caer en el culto de su propia imagen. Eva Perón se burla un poco de las sufragistas "No era soltera ni entrada en años, ni era tan fea por otra parte para ocupar un puesto así... que por lo general, en el mundo, desde las feministas inglesas hasta aquí, pertenece casi con exclusivo derecho a las mujeres de ese tipo...".²⁵

María Eva Duarte de Perón no es todavía en esta etapa de su evolución personal, la militante, juega el papel de la Cenicienta que se casa con el príncipe, y su fantástica transformación permite a los pobres creer en un cuento de hadas, un hermoso sueño de dicha, esplendor, belleza y poderío inalcanzables. El triunfo de Eva Duarte creaba la ilusión de que la fortuna estaba al al-

²⁵ Ob. cit., pág. 263.

61

El descubrimiento de un ejemplar de *Eva Perón ¿aventurera o militante?*, dedicado por mí a Victoria Ocampo y subrayado por ella con notas al margen en lápiz rojo, viene a complementar aquellas esquelas escritas con letra nerviosa sobre papel inglés color azul, donde respondía algo que yo había escrito y no le gustaba. Me las enviaba "por mano", o bien por intermedio de mi vecino José Bianco, recomendándole: "Dígale a su amigo...". Le correspondió ahora el papel del *go-between* de esta discusión póstuma a Nicolás Helft, cuando clasificaba la biblioteca de Villa Ocampo.

La destinataria de ese ejemplar con mi dedicatoria dudó siempre de que fuera yo el remitente. Reconozco que la dedicatoria debió decir "otra mujer argentina", pero el uso del gentilicio no debe interpretarse, sin embargo, como una muestra de mi nacionalismo: no soy nacionalista, pero tampoco lo era en esa época, lo prueba la influencia en ese mismo libro de Sartre y Simone de Beauvoir. Por otra parte, siempre consideré el universalismo de *Sur* y su difusión de la literatura mundial entre los lectores de habla hispana como uno de sus rasgos más reivindicables. Debo aclarar que mi interpretación actual sobre el personaje de Evita no es la de aquel libro que ya no

reconozco, sino la de tres obras posteriores: *Los deseos imaginarios del peronismo*, *Crítica de las ideas políticas argentinas* y *Comediantes y mártires*.

Victoria, que llamaba a Evita la Perronelle, sólo la mencionó una vez en su obra, recuerda Nicolás Helft. Fue en su autobiografía y allí su juicio era ambiguo: la definía como una resentida pero, a la vez, reconocía motivos para su resentimiento. Debí de pensar en su condición desventajosa, en aquellos años, de mujer e hija natural, dos temas que a Victoria le preocuparon siempre.

Hubo, sin embargo, otro escrito donde, sin nombrarla, le dedicó una burla sesgada. En ocasión de recibir un premio, Victoria dijo que no iba a declarar, como es de rigor, no ser digna de ese honor, porque la humildad, cuando se ostenta, se destruye: es una virtud innombrable, sólo puede practicarse en silencio y desaparece a la menor mención. El público festejó con una sonrisa la alusión a la costumbre de Evita, por entonces (1951) en su apogeo, de exhibirse espectacularmente como "la más humilde de las mujeres". Ese discurso fue luego publicado en la quinta serie de *Testimonios* con el nombre de "Malandanzas de una autodidacta".

Recuerdo otros episodios poco co- ▶

pág.

7



De una mujer a otra

POR GISÈLE FREUND

Estos textos acompañan las fotografías de Eva Duarte de Perón que integran el libro *Memorias del ojo*

"¡Que el mundo vea lo que tengo!", exclamó Evita Perón cuando le mostré las fotografías que le había tomado con sus vestidos, sus sombreros y su cofrecito de joyas, dignos de Cleopatra. Nunca antes una mujer había tenido un poder político tan amplio. Podía despedir ministros, encarcelar gente, aumentar el salario de los trabajadores. Este último privilegio le había otorgado un prestigio inmenso ante los ojos del pueblo argentino. Tenía sólo treinta y dos años cuando hice un reportaje sobre ella, en 1950, para *Life*. Hasta ese entonces ningún periodista había podido fotografiarla en su vida privada. Mi condición de mujer jugó sin duda a mi favor, porque parecía feliz de mostrar a otra mujer sus tesoros indumentarios y sus joyas.

Todos los viernes, Evita recibía a la gente más pobre en su Fundación de Ayuda Social.

Madres de familias numerosas, cargadas de hijos, y habitantes de los barrios bajos, esperaban sentados en bancos de madera angostos. Los bebés gritaban y los cuidadores les traían mamaderas. Había delegaciones de obreros de pie a lo largo de las paredes. La amplia sala estaba llena de humo. Frente a esta asamblea heterogénea, sentada tras una inmensa mesa de trabajo, rodeada de media docena de secretarías, una mujer joven, Evita. Su cara era de una palidez extraordinaria. Llevaba un *tailleur* negro, de un corte perfecto, adornado con un broche de brillantes y de zafiros azules. Anillos cubiertos de piedras preciosas y diamantes cubrían sus dedos. "La Señora hace caridad y produce milagros cada viernes a la tarde, como puede ver", me dijo uno de los porteros. "¿Esta pobre gente pertenece al movimiento peronista?", le pregunté. "Obviamente, si no la Señora no los ayudaría". Evita era un "hada", sin duda, pero un hada política que ayudaba sólo a los que adherían a la política de su marido. *

◀ nocidos de las turbulentas relaciones entre las dos mujeres. Cuando murió Eva Perón, un decreto oficial exigió que toda publicación periódica debía salir con una franja negra. El comité de redacción de *Sur* se reunió para optar entre alternativas igualmente malas: la inclusión de la franja hubiera significado someterse a la orden dictatorial; no hacerlo condenaba la revista a la inevitable clausura. Victoria llegó a una solución ambigua: publicarían dos pequeñas semifranchas simétricas. De ese modo mostraban una sutil diferencia. Y, a la vez, resultaría más estético; una ventaja, como diría Borges, de la censura.

En esa reunión de emergencia de *Sur* se produjo otra cuestión. El socialista Nicolás Repetto había escrito un artículo en *La Vanguardia* donde, sin dejar de criticar el peronismo, elogiaba la personalidad de luchadora de Evita. A Victoria se le ocurrió escribir algo similar en *Sur*. Los demás miembros del Comité lograron disuadirla.

En cuanto a mi comparación de Victoria y Evita como mujeres libres y revolucionarias, hoy pienso que ninguna de las dos lo fueron tanto. Victoria fue renovadora de las costumbres, pero no se atrevió a separarse públicamente de su marido; no estaba exenta de algunos prejuicios (una olvidada y olvidable nota de *Sur* con su firma, "La m... y la rosa", contra Jean Genet, es un ejemplo entre otros) y distaba de la audacia y libertad de las mujeres intelectuales de su época en la Rive Gauche o en el grupo Bloomsbury a las que tanto admiraba.

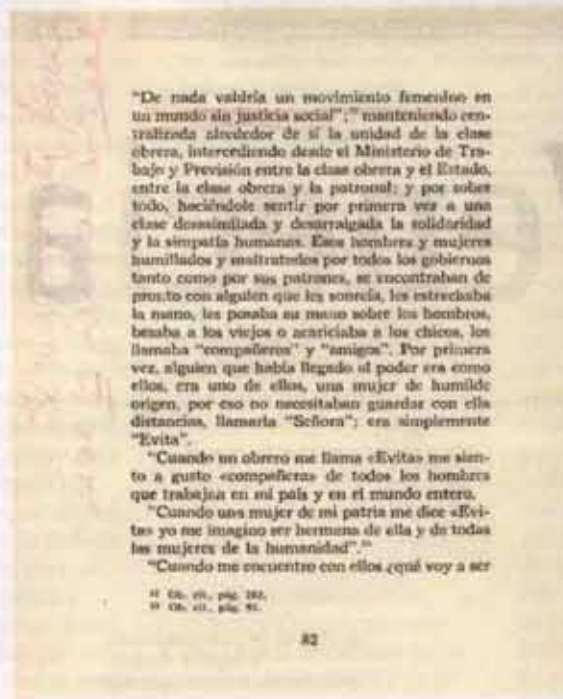
Evita, por su parte, no tuvo nada que ver con la liberación femenina. Contradiendo su propia vida, despreciaba a las feministas, e influida por sus asesores, nacionalistas católicos, defendía

una posición tradicionalista de la mujer consagrada al hogar y dependiente del varón. Mi libro estaba dedicado a Simone de Beauvoir, sin embargo, nada estaba más alejado de *El segundo sexo* que *La razón de mi vida*, publicado dos años después de aquel.

La posible concordancia entre Victoria y Evita es una paradoja y se ha convertido en un juego literario; lo imaginario no exige lo real pero sí lo verosímil: si por azar ambas mujeres se hubieran conocido, no se habrían soportado un minuto. Es imposible concebir a ambas fuera de su contexto histórico, fueron reflejo, aunque infiel, de los límites de la sociedad argentina de su época, donde las clases sociales, las relaciones familiares, los vínculos personales y la desigualdad de géneros predominaban sobre las instituciones y sobre la autonomía individual; la modernidad y la secularización no terminaban de desplazar el tradicionalismo.

Ambas tuvieron una voluntad excepcional pero además, para hacer lo que quisieron, dispusieron de una gran fortuna, del patrimonio familiar en un caso, del uso indiscriminado de los bienes del Estado en el otro. Se transformaron en mujeres míticas, pero no lograron sus objetivos. Ni Evita consiguió un pueblo-nación coercitivamente unificado bajo el peronismo, ni Victoria su ideal de "crear una elite futura".

¿Qué puedo decir hoy sobre las posiciones contrarias que en aquellos años sosteníamos Victoria Ocampo y yo respecto al peronismo? Victoria tenía razón en atacarlo, pero por malas razones; yo estaba equivocado en defenderlo, aunque con buenos argumentos. A la distancia debo reconocer que ambos estábamos equivocados a nuestra manera. *



"De nada valdría un movimiento femenino en un mundo sin justicia social"; manteniendo centralizada alrededor de sí la unidad de la clase obrera, intercediendo desde el Ministerio de Trabajo y Previsión entre la clase obrera y el Estado, entre la clase obrera y la patronal; y por sobre todo, haciéndole sentir por primera vez a una clase desasimilada y desarraigada la solidaridad y la simpatía humanas. Esos hombres y mujeres humillados y maltratados por todos los gobiernos tanto como por sus patrones, se encontraban de pronto con alguien que los sonreía, les estrechaba la mano, les ponaba su mano sobre los hombros, besaba a los viejos o acariciaba a los chicos, los llamaba "compañeros" y "amigos". Por primera vez, alguien que había llegado al poder era como ellos, era uno de ellos, una mujer de humilde origen, por eso no necesitaban guardar con ella distancias, llamarla "Señora"; era simplemente "Evita".

"Cuando un obrero me llama «Evita» me siento a gusto «compañera» de todos los hombres que trabajan en mi país y en el mundo entero.

"Cuando una mujer de mi patria me dice «Evita» yo me imagino ser hermana de ella y de todas las mujeres de la humanidad".

"Cuando me encuentre con ellos ¿qué voy a ser

11 *Op. cit.*, pág. 182.

12 *Op. cit.*, pág. 81.

Uno de los diálogos que nunca ocurrieron:
-¿De nada valdría un movimiento femenino en un mundo sin justicia social! - escribió Eva.
-El movimiento femenino es justicia social - enmendó Victoria, en el margen